



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

RECUERDOS

DE UN

VIAGE AL AFRICA.

POR

DON FERNANDO AMOR,

Catedrático de Historia Natural.

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LETRAS DE ANDALUCIA
Est. A-1
Tabl. 2
N.º 11

CORDOBA—1859.

Imp. y lit. de Don Fausto Garcia Tena,
calle de la Libreria número primero.



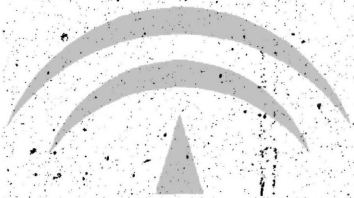
JUNTA DE ANDALUCIA

l-A

ANITA LA BONA

MONTE OBIZARRETA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

RECUERDOS

DE UN

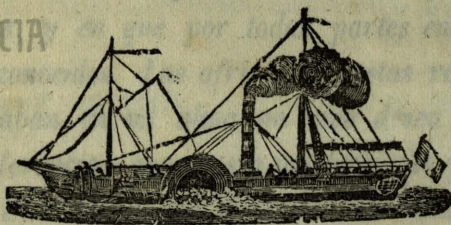
VIAGE AL AFRICA.

POR

DON FERNANDO ANOR.

CATEDRÁTICO DE HISTORIA NATURAL.

Donativo del Sr. Conde
Romanones á la Bibliõ.e
de la Alhambra. 1903



CORDOBA—1859.

IMPRESA Y LITOGRAFIA DE DON FAUSTO GARCIA TENA,
calle de la Libreria número primero.

AL SABIO NATURALISTA ESPAÑOL

EL DOCTOR

DON MARIANO DE LA PAZ GRAELLS.

Soné muchas veces que viajaba por un país poco visitado de naturalistas, y en que por todas partes encontraba objetos para mí desconocidos. Las africanas costas reunían estas cualidades y excitaban en mi alma un vivo deseo de estudiar las analogías y diferencias que en sus producciones presentáran con las nuestras. Una casualidad hizo que me hallase en Cádiz el 17 de Julio, y un inesperado suceso me determinó á realizar una expedición para mí tan deseada.

He visitado á Tánger, Tetuan y otros importantes puntos de tan felices costas, recorriendo sus arenosas playas para buscar sus pescados, sus conchas y sus algas, y estudiando la lozana vegetación de sus hermosos valles. Oculto bajo el blanco y anchuroso jaique, me he dirigido algunas leguas hácia el interior, atravesando sitios peligrosos, habitados por indómitas

habilas, descansando tambien en hospitalarios aduares y aceptando con cariñoso agradecimiento la frugal comida con que su patriarcal carácter me brindára. He pisado arenas blancuecinas abrasadas por el sol, y reposado á la sombra de seculares bosques, cuya increíble vejetacion me estasiaba en contemplar. He oido ahullar al sanguinario chacal en las selvas, y recogido por mi propia mano venenosos reptiles y preciosísimos insectos en sus formidables montañas. Más como naturalista, que como curioso observador de las costumbres sociales, dediqué algunos momentos, sin embargo, á recoger datos sobre las mas interesantes, que apuntaba despues en mi heterogéneo diario.

Vos, mi ilustre maestro, fuente en que bebi las primeras ideas de nuestra querida ciencia; vos, que me hicisteis comprender los grandes goces y la dulce tranquilidad que la contemplacion de la naturaleza derrama en nuestros fatigados espíritus, aceptad como una ofrenda de cariñoso respeto los recuerdos de un viaje en que tanto ha podido aprovechar vuestras sábias lecciones, vuestro agradecido discípulo,

Fernando Amor.

Córdoba 15 de Agosto de 1859.

RECUERDOS

UN VIAGE AL AFRICA.

DIA 19 DE JULIO.

A las seis y cuarto, despues de haber asistido al Santo Sacrificio de la Misa en la iglesia de S. Francisco, me hallaba á bordo del *Santa Justa*, ligero barco de vapor que se dirijia á Málaga. A las seis y media nos pusimos en marcha con viento de popa, y poco antes de las ocho empezábamos á perder de vista á Cádiz. Sus cuadradas torres y blancas azoteas, las esféricas cúpulas de su linda y moderna Catedral, y su elegante Faro, eran los únicos objetos que se distinguian en los momentos en que, por la convexidad de las aguas, la ciudad hermosa, verdadero palacio de cristal de la encantadora Anfitrites, iba á hundirse en el fondo del océano.

Por espacio de algunos minutos síguese viendo la isla de S. Fernando con su observatorio astronómico, que á lo lejos aparece como por encima de algunos bosques de

pinos: á nuestra izquierda teniamos la costa, cuya parte mas saliente es el cabo de *Rocha*, con su torreón morisco y que doblamos á las ocho y media; y á la derecha la imponente inmensidad del mar. Poco despues pasábamos frente á Conil, célebre por su criadero de azufre, de que en el Museo de Historia Natural de Madrid hay ejemplares cristalizados que por su forma, tamaño y color, admiran al inteligente y encantan al curioso: coronan á este pueblo algunas palmeras, entre cuyos elegantes tallos se ven girar las desmesuradas aspas de sus molinos de viento.

Viene despues el cabo de *Trafalgar*, objeto del mas triste y honroso recuerdo para la marina española; frente á él un arrecife de rocas cubierto por las aguas, obliga á los navegantes á pasar muy cerca ó muy lejos de esta parte de la costa.

A las nueve y media, hora en que se acabó de poner la luna, principió á sentirse la marea contraria, y pocos momentos despues divisábamos á lo lejos las costas africanas. A las de Trafalgar siguen las sierras y ensenada de *Bolonia*, cuyas aguas bañaron en otro tiempo los muros de una poblacion goda de que aun se conservan algunos restos esparcidos por aquel terreno. La cordillera que la cibe se halla cubierta por una sombría vejetacion, estinguida en sus tortuosos valles por arenas blanquecinas que las mas altas mareas han llevado.

La sierra de *Guardabaquero*, con sus escabrosos picos y cuarteadas rocas, viene despues, y es seguida de la sierra y ensenada de la *Peña*, en cuya avanzada punta se halla situada la torre del mismo nombre: esta como todas las demás, que en gran número se estienden á lo largo de la costa, son moriscas y han servido principalmente para proteger las almadrabas. Al finalizar la sierra de la *Peña*, dá principio, enlazándose con ella en algunos puntos, la de la *Luz*, llamada asi del nombre de la *Virgen* patrona de *Tarifa*, á quien esta rinde culto en una hermita situada á una legua de la poblacion. Estiéndose esta sierra hasta mas allá de la ciudad, y está toda formada por ásperas colinas compuestas de calizas de color sombrío, y de donde proceden las losas que en los puertos se emplean para sus hermosos patios. La vejetacion que las cubre en algunos puntos es pequeña, y sin duda interesante atendidas las circunstancias de su posicion, clima y suelo.

A las 12 fondeamos en frente de *Tarifa*. En aquellos cortos momentos no pude menos de recordar con desgarrador entusiasmo, que hubiera habido un corazon español que consintiese en verter la sangre de su hijo antes que entregar aquella plaza: y al observar sus renegridos torreones, mi vista buscaba con anhelante curiosidad aquel que fuera testigo del mas grande rasgo de abnegacion y del cual cayera el fatal cuchillo que inmoldando al hijo eternizara la memoria del padre. *Tarifa* presenta desde la bahía un aspecto triste; se ven algunos huertos en la falda de las colinas, que están cercados de nopales, pitas y lentiscos: la torre del faro es elevada y elegante.

Entramos en el estrecho, formado á la izquierda por la continuacion de las costas españolas, y á la derecha por las de Africa. El mar estaba tranquilo y navegábamos como por una bahía. Un eclesiástico que venia en el vapor, el Sr. *Dean* de *Ceuta*, me dió con la mas fina amabilidad noticias sobre los objetos que veiamos. Ese cerro mas alto que veis allí, me decia el buengo mas internados fueron apareciendo con toda claridad las africanas cordilleras, es el llamado *de la Ramona*; aquel último es el *Acho*: la costa de Europa tiene tambien otro de este nombre en el Peñon de *Gibraltar*, y ambos, como dos gigantesos centinelas de piedra defienden la entrada del estrecho. Aquella colina que veis entre el *Acho* y la *Ramona*, observad bien que está formada por siete cerros, y con el telescopio podreis ver perfectamente á *Ceuta*, situada en su falda; á aquellos cerros

ros debe la plaza el nombre que lleva derivado de *septem* (siete). Reparad ahora á la derecha y distinguireis un edificio: es la *casa del renegado*, conservada á través de tantos siglos, y que el vulgo mira con inestinguible terror. Cuéntase que un personaje de Tarifa abjuró de la religion cristiana y se pasó al moro; pero atormentado por los recuerdos y contemplando con envidioso pesar la felicidad de su pérdida patria, pidió al emperador de Marruecos que como gran merced le permitiese edificar su palacio en el punto desde donde pudiera ver continuamente las tierras españolas. Ved ahora con mas facilidad, añadia cuando aproximándonos á Gibraltar se veian con toda claridad las berberiscas montañas, el cerro y fortaleza del Acho y mas aun la torre del vigia.

Entre las cosas que mi instruido compañero me refirió de Ceuta, fué una la gran veneracion que se profesa á su Santa patrona: siempre que los navegantes deben cruzar el estrecho para ir á la otra costa, esclaman llenos de religioso entusiasmo, una vez llegados á la mitad: SALVE, VIRGEN DE AFRICA, tierno y elocuente saludo que los que van de España cambian por el de SALVE, VIRGEN DE EUROPA.

A poco mas de la una nos hallábamos delante de Algeciras: á su derecha se interna en el mar la *Isla Verde*, que sostiene una pequeña fortaleza: á su izquierda, y á alguna dis-

tancia del mar, S. Roque ocupando una despejada colina y rodeado de un estenso campo, cuyas mieses estaban ya segadas. A las dos habiamos anclado frente á Gibraltar. Su sierra, sus edificios y sus fuertes me impresionaron sobremanera.

Gibraltar desde la bahía no es una poblacion real, es una ciudad de las que se ponen en los nacimientos. Situada al pié y media faldada del gigantesco Peñon, presenta á la vista todas sus casas perfectamente escaleonadas, con una construccion distinta de la nuestra, de color gris, lilas ó anteato y con numerosas ventanas. Envuelta por delante en su fortísima muralla y bañada por un mar tranquilo, sobre el cual numerosos buques forman continuamente una segunda y flotante poblacion, no puede menos de ofrecer una agradable novedad al que por primera vez se acerca á ella. Y ojalá que esta impresion no se desvaneciese en una gran parte al ver asomar sobre sus cenicientas barbancas los rojos uniformes de su británica guarnicion.

Admitido el buque á libre plática y llenas todas las formalidades de costumbre, saltamos en los botes, y pocos minutos despues nos hallábamos sobre el muelle en la oficina de policia. Allí un agente nos facilitó en vista del pasaporte ó cédula de vecindad, y sin pago algunonifiador como parece se exigia antes, una papeleta con que poder entrar en la poblacion.

Como se venian subiendo al muelle, notamos un grupo de soldados de la guarnicion que se dirigian á la ciudad.

GIBRALTAR.



DIAS 20 Y 21.

Pocos habrá que no conozcan las principales circunstancias de la plaza de Gibraltar, de esta población en que todo lo absorve la tropa y el comercio. Obligado sin embargo á permanecer en ella durante dos dias para esperar buque que me condujera á Tánger, entretuve el tiempo en recorrerla.

La ciudad se halla dividida en dos partes, separadas por el paseo de la Alameda. La de la derecha es la mayor, la principal, y está fundada bajo la parte mas agreste y escabrosa del peñon, sobre el que por este lado no vegetan espontáneamente sino algunas plantas, que han podido hundir sus raices en las grietas de las rocas. Masas gigantes de piedra forman muros naturales, que los ingleses han minado y cubierto de agujeros para asomar las bocas de sus formidables cañones; vano aunque poderoso alarde de fuerza y resistencia... Algunas pequeñas mesetas que presenta el cerro á diferentes alturas, sobre este lado de la población, se hallan convertidas en huertecillos con lindas casitas de campo, que, rodeadas de árboles y arbustos, aumentan la belleza de su agradable perspectiva.

La calle real que vá desde el muelle hasta la alameda es bonita

y contiene las mejores tiendas de comercio; las demas á ella paralelas y abiertas á diferentes alturas del cerro comunican entre si por suaves rampas ó cómodas escalinatas de piedra. Gibraltar tiene diferentes plazas y preciosos aunque pequeños jardines á la inglesa: entre las plantas cultivadas dominan muchas y buenas especies de cactus, pelargonios, y aloes; las poincianas, falsos pimenteros y sapotes vegetan con lozania, lo mismo que los cestros amarillos y las magníficas hortensias de azulada flor.

Hay iglesia católica, protestante, hebrea y metodista; un teatro que se cierra los domingos, dias que, siguiendo la costumbre inglesa, se pasan por lo regular en viajes de placer ó rezando en los templos; varias fondas de las que la española llena los deseos del mas exigente viajero; cafés; tiendas de refrescos y bebidas gaseadas; un casino con notable y numerosa biblioteca, y algunas tiendas en que se venden curiosidades de Fez y de Marruecos.

Siguiendo la calle real se llega á la alameda, y antes, al pié de una muralla, se encuentra un cementerio protestante, cuyas sencillas tumbas colocadas en escalones, forman una miniatura muerta de aquel original vivo; varios arbolillos y algun sapo-

te gigantesco les prestan su sombra silenciosa. El paseo es largo, bien construido y perfectamente conservado; le separan del mar y su muralla algunos trozos de jardín; con su alumbrado de gas, y sus cómodos asientos atrae una heterogénea pero escogida concurrencia de españoles, ingleses, pocos judíos y algunos moros, que van á gozar de la música y de una temperatura deliciosa.

Allí me senté esta noche, y mi imaginación se empezó á remontar al campo de las meditaciones. Tenía á mi espalda, y á muy pocas varas el mar, y como tocándose con la mano la costa africana: de frente el gigantesco y sombrío Peñón, en cuyo oscuro fondo se divisan centenares de puntos luminosos producidos por la luz que las casas, que apenas se perciben, dejan escapar por sus abiertas ventanas.

Al ver los bruscos escarpes de aquel cerro y considerarlos separados de los correspondientes de la africana costa por un tan estrecho brazo de mar, la imaginación corre involuntariamente á buscar un punto de enlace. La idea de otra atlántida se le representa en seguida, y cree uno ver allí los arranques de las capas que existieron, como se ven en los rios los estribos de algun puente arrancado por la poderosa fuerza de las aguas. Si esta solución de continuidad no debió existir en épocas remotas, el Atlántico y el Mediterráneo no se comunicaban entonces; el Africa y la Europa eran un solo continente; bien lo demuestran la analogía de sus productos, la disposición de sus rocas, la identidad de muchos vegetales y la semejanza

de especies animadas que no están dotadas de órganos para volar. Si la España y el Africa estuvieron unidas, y si nó fué Hércules quien con sus potentes brazos separó las montañas Calpe y Avila para juntar los dos mares, alguna catástrofe hizo desaparecer aquel terreno, como han desaparecido otros muchos, como desaparecen y desaparecerán mientras exista el globo que habitamos.

Fuera del renombrado Peñón y de la presencia de algunas familias de bulliciosos monos, que habitan su cumbre, nada hay en Gibraltar que en mi concepto llame justamente la atención del viajero estudioso, si no son sus fortificaciones. Las galerías, sobre todo, con que los ingleses han minado el cerro desde las afueras de la parte alta de la población hasta una considerable altura para sembrar sus tajos con las imponentes bocas de unos 300 cañones, merecen bien ser visitadas. El viajero puede hacerlo con solo obtener del cónsul de su nación una carta para el secretario militar. La expedición es bastante fatigosa por la gran altura á que es preciso subir, y debe por lo tanto en el verano hacerse poco despues de amanecer.

Entre los minerales que en los diferentes cortes han aparecido, son notables unas calizas estalacmíticas, especie de *alabastrós orientales* de transluciente masa, dibujo hermoso y bello pulimento, y una roja y endurecida arcilla en que hay incrustada enorme cantidad de huesos fósiles pertenecientes á cuadrúpedos, que debieron perecer en alguna terrible catástrofe, y cuyas especies ya no existen; huesos que en el país son

sin fundamento, considerados como la acumulacion de humanos esqueletos.

El Peñon de Gibraltar es el único punto de Europa habitado por monos, que son los mismos encontrados en las partes mas próximas del Africa; constituyen la especie conocida en la ciencia con el nombre de *Magotes*, y están colocados entre los macacos y papiones. En ellos hizo Galeno las primeras investigaciones anatómicas cuando los antiguos dogmas religiosos prohibian toda diseccion sobre cadáveres humanos. Son de todos conocidos por tenerse frecuentemente en nuestras casas y por carecer de cola, que es uno de sus principales caracteres.

Yo deseaba verlos y lo conseguí. Despues de haber recorrido las subterráneas-galerías, púseme á esperarlos junto á los últimos cañones con el sargento que me acompañaba. Eran las seis de la mañana, rei-

naba algun levante, viento con el cual suelen dejarse ver, y no tardó mucho en aparecer uno, despues dos, cinco y las once; los habia de muy distintos tamaños y todos hubieron cuando nos intentamos acercar, no sin haber antes observado bien sus maneras y sus movimientos.

La parte del Peñon por ellos ocupada es la mas áspera: los lentiscos, alguna salvaje higuera y varios otros arbustos los protejen cuando bajan de la altura. Los monos de Gibraltar ¿proceden de los que habitaran estos montes antes de separarse las dos costas, ó son producto de algunos individuos que escaparan de la esclavitud? De cualquier manera su existencia natural en esta pequeña y limitada parte de la Europa, por mas indiferente que aparezca á los ojos del vulgo, es un dato curiosísimo para la geografía zoológica que trata de la distribucion de los animales sobre la tierra.

DE GIBRALTAR A TÁNGER.



DIA 23.

Son las diez y media de la mañana; estoy á bordo del *Earl of Lonsdale*, vapor inglés que me ha de llevar á Tánger: este barco está destinado á hacer la travesia y traer los bueyes para abastecer de carnes á la guarnicion. Lleva bastantes pasajeros, que son casi en totalidad moros y hebreos. Varios oficiales ingleses que van á cazar por algunos dias á los montes próximos á la costa, llevan sus tiendas y un gran tren de campo. Un

teniente de artilleria del ejército portugués, D. Anselmo José Cosmelli y Monteverde, con quien hice pronto conocimiento, me ha invitado á pasar con él algunos dias; si pudiera aceptaria con gusto, pues me serviria de mucho su trato íntimo por su mucha instruccion. Viene de Mozambique, rica provincia de la India portuguesa; allí ha pasado diez años; lo que, y sus conocimientos en botánica y mineralogía, me han hecho adquirir

aunque en globo interesantes noticias de aquel país para la ciencia y para el comercio con el nuestro.

¡Qué magnífico espectáculo presenta cuanto se percibe desde el buque, sobre cuya cubierta me encuentro! Rodeado de barcos en que tremolan los pabellones de casi todos los países del mundo; cerca del pie de esa gigantesca y escarpada montaña, que parece surgir del fondo de los mares y en cuya falda descansa la ciudad; en tierra, á su derecha, el campamento inglés con sus pequeños cuarteles y numerosas tiendas; el mar inquieto en su fondo y rasado en su agitada superficie por bandadas de cenicientas gaviotas. ¡Cómo se ensancha el corazón y se admira á Dios en medio de tanta grandeza! Ha sonado la tercera señal, el vapor ruga, las anclas se elevan, y la mole de hierro y madera empieza á cortar el movable elemento; marchamos.

Nada de particular ha ocurrido en esta travesía, solo que el viento nos ha sido contrario y hemos tardado mas de lo regular. Son las cuatro: hace algunos momentos que dimos vista á Tanger: descúbrese en las faldas de dos colinas, que se juntan, y sus casas blanquísimas aparecen como pequeños sillares de piedra esparcidos por un campo. La costa africana desde el cerro de la Ramona nada presenta que indique la industria ni la agricultura, hasta llegar á la ensenada de Tanger, en cuya punta, llamada *de la Torre blanca*, se ven algunas casas de campo. Sus sierras presentan de cerca el mismo aspecto que las nuestras, so-

lo mas escarpadas y mas cubiertas de espontánea vegetacion.

A las cinco y media fondeábamos delante, aunque á alguna distancia, de la ciudad: desde allí la poblacion ofrece una vista encantadora; la parte que mira á la bahia, está rodeada de murallas que casi baña el mar, y por los lados y algo de la opuesta descansa en los flancos de las dos colinas en que los edificios aparecen colocados como en unas graderías. Las casas con sus techos planos y blanqueados con la misma cal que sus fachadas, aparecen como grandes cajas boca abajo; pero hacen ofrecer al conjunto la mas hermosa y estraña perspectiva, que se aumenta con el raro aspecto de las fortalezas, las lindas torres, las banderas de los consulados, y los muchos árboles, cuyas oscuras copas se asoman por entre las alegres azoteas.

Al anclar el buque solo vi una fragata y algunos jabeques. Varios botes se nos aproximaron. Era uno el de la Capitanía del puerto, con bandera roja, y en el iba un moro decente con seis remeros: los otros guiados por marineros moros ó españoles estaban destinados al servicio público. Salté en uno y llegué no á tierra porque el estado del muelle no lo permitia, sino á bastante distancia de su orilla: el espectáculo que allí se ofreció á mi vista no puede describirse; mas de treinta moros de diversos colores, sucios, algunos horriblemente feos, y todos harapientos, se abalanzaron á los botes yendo á vado con el agua á la cintura y luchando entre sí por agarrar á viva fuerza los equipajes para llevarlos á tierra. Confieso que

por el pronto aquel aspecto de miseria me dejó parado; pero tuve que sobreponerme á tal impresion al ver que este tomaba el saco de noche, aquel las cajas, el otro un lio, y que con tal confusion seria muy facil que desapareciesen. Adopté el medio de ponerme sério hasta el punto de amenazar á dos con echar mano á mi revolver, y por fin entregué todos mis bultos á uno, que parecia menos feo, y que al marchar me dijo: fia por mi Dios; él te confunda, dije para mi, si me dejas con lo puesto.

A pocos pasos del muelle nos detuvimos delante de un edificio de bastante buen aspecto, y en cuya primera habitacion, especie de zaguan, habia varios moros de diferentes rostros. Aquel edificio era la oficina de la Aduana, *casa de diezma*, ó como si dijéramos el fielato. Allí mi vista percibió objetos mas agradables. El capitan del puerto era un moro alto, de blanca tez, poblada barba, fisonomia agradable y vestido con elegancia: este nos recibió de pié y pidió los pasaportes, que entregados los remitió al cónsul de la respectiva nacion.

Un anciano nos invitó á tomar asiento, yo lo hice entrando en el zaguan y observando cuanto en él habia: fardos, cajones, lios, y en un armero doce espingardas de desmesurada longitud, fué todo lo que pude ver. Otro moro perfectamente vestido, se hallaba sentado sobre unos cojines, era buen mozo, grueso, de piel casi negra, pero de regulares facciones y fisonomia muy agradable aunque seria: ante él se abrian los equipajes que eran mirados ligera-

mente. Pregunté qué destino ocupaba y supe ser un delegado del Administrador de rentas, y que el registro tenia por objeto hacer pagar la décima parte de ciertos objetos que entran ó salen de la poblacion.

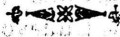
Pocos momentos despues se bajaron las órdenes de que podiamos entrar en la ciudad. Yo lo hice acompañado de mi intérprete, jóven judío llamado Abraham, que posee varios idiomas, y con perfeccion el árabe y español. Atravesamos distintas calles cortas, tortuosas, estrechas y bastante sucias: multitud de moros de varios colores y vestidos pobremente se hallaban sentados en ellas; otros iban ó venian de la plaza en que al pasar ví muchas tiendas y en el suelo gran número de puestos de frutas, pescados y pan; este artículo vendido esclusivamente por moras blancas ó cobrizas y con las caras casi descubiertas. Pasando por algunas otras calles en que se encuentran la mayor parte de los consulados, y por las que ví circular muchos moros lujosamente vestidos, y bastantes moras completamente ocultas bajo su blanco é impenetrable jaique, llegamos á mi alojamiento.

Es la fonda de Buena-vista, situada en una calle limpia y elevada; el edificio es pequeño al parecer y humilde al exterior, pero por dentro bello y agradable: aunque no antiguo, es de arquitectura rigorosamente morisca: tiene un hermoso patio, habitaciones altas y bajas con artesonados de madera cubiertos de oro, azul y rojo; las puertas son arcos de herradura, las ventanas lindos ajimeces y los suelos de pequeños azulejos de colores. Un baño

de vapor, rica y fresca agua de al- gibe, y una azotea con hermosísimas vistas al mar y á la poblacion, ha- cen de esta casa una morada cómo-

da para el europeo, y propia para es- citar en su imaginacion impresiones á que no está acostumbrado.

TANGER.



DIA 23.

Esta mañana presenté mis cartas al Cónsul de España el Exmo. Sr. D. Juan Blanco del Valle, quien me recibió con la mas fina ama- bilidad. Despues de hablar un largo rato de diferentes asuntos me dió á conocer á su apreciable familia. Su Señora tia me ha enseñado todas las habitaciones dispuestas y amue- bladas por ella á la europea con algun aire morisco, y con el mas exquisito gusto. La casa de Espa- ña hoy hace honor á nuestra na- cion: su servidumbre, además de otros criados, la dán tres soldados moros escogidos entre los de mas alta es- tatura, mas hermosa presencia y mas lujosamente vestidos á la usan- za del pais. El cónsul me ha invi- tado á comer para mañana, obse- quio que he admitido con el may- or placer.

das las calles son angostas y tor- tuosas y las casas generalmente de dos pisos; sus techos, todos planos y sin tejas, constituyen cómodas azoteas y son verdaderos paseos; su este- rior es sencillo y hasta humilde, pero su construccion es verdadera- mente morisca y bello el interior de las que he visto; el conjunto ofrece un aspecto tan agradable co- mo extraño.

Saliendo del Zoco á la derecha y subiendo por el declive de una ele- vada colina, se llega á la *Alcazaba*, que ocupa su cima, estendiéndose despues por la parte opuesta el bar- rio del mismo nombre: desde la ciu- dad hasta el grande y hermoso ar- co de herradura que le dá entrada, el flanco de la montaña no presen- ta edificio alguno y si dos ó tres tortuosos senderos, que siempre se ven cubiertos de moros y moras que van ó vienen envueltos en sus blan- cos ropajes. Yo subí tambien y atravesé aquel arco que podria lla- marse puerta judicial. Allí está el palacio del *Baza*, (1) Bajá ó Go-

He salido con mi drágo man á re- correr la poblacion. Desde el Con- sulado pasamos al *Zoco* bajo, ó plaza del mercado diario, que es cuadrada y tiene gran número de pequeñas tiendas de moros, lo mismo que la calle que de este conduce al *Zoco* alto: las de los hebreos están en su mayor par- te en otro barrio lateral. Casi to-

(1) Ruego á los criticos, que lean es-

bernador: el *Mexuar* ó sala de audiencia en que se administra justicia, y donde sentado sobre moriscas alcatifas el tribunal que el Gobernador preside, juzga en el momento y castiga severamente todos los delitos, y muy especialmente el hurto. Allí están tambien las cárceles con sus lóbregas mazmorras y la esplanada en que se hace morir á palos á los infelices condenados, y los agentes á quienes se encarga de tan horribles sentencias. Dentro de los muros de la Alcazaba está el barrio en que solo pueden habitar familias moras; pues en el resto de la poblacion viven juntos comunicándose á todas horas los moros, hebreos y cristianos.

Tánger, observado casi á vista de pájaro, desde el muro de la Alcazaba, ofrece un aspecto tan nuevo, como bello; tan propio para impresionar como difícil de describir.

Sentado junto á mi drágo-man en uno de los escalones de su entrada y á la sombra de una de las torres de su renegrida muralla, permaneci algunos momentos poseido de sentimientos estraños. Me habia sentado en otro tiempo delante de la magnífica puerta judicial de Granada: recostado un dia en Málaga sobre uno de los muros de su abandonada Alcazaba, me habia remon-

tado á las épocas de la morisca dominacion en España: me habia sentado en una espirante tarde del otoño sobre un monton de escombros de la arabesca y destruida fortaleza de Almería; pero ahora era la primera vez que contemplaba de cerca y en toda su realidad, escenas que tanto conmueven á quien de nuevo las contempla.

La poblacion se hallaba bañada por un sol resplandeciente: á su izquierda un mar sereno y puro, cuyo trasparente azul contrastaba admirablemente con el purisimo blanco de las casas, por entre las que, y sobre las frondosas copas de los árboles, sobresalen las elevadas torres de sus moriscas mezquitas, los pabellones nacionales de once consulados de Europa, y gran número de banderas encarnadas, que ondean en algunos pequeños edificios. Pregunté á mi drágo-man que significaban aquellas rojas enseñas, y supé que marcan los sitios en que están enterados algunos *Santos de moros*.

Parece que estos personajes fueron por lo regular seres fatuos ó privados desde su nacimiento de toda razon, que vivieron, como los que hoy llevan este nombre, en una vida mas ó menos estravagante, á veces completamente desnudos, gritando ó gesticulando de estrañas maneras: tuvieron franca entrada en todas partes y permiso para hacer cuanto quisieron; todo les fué consentido y hasta reverenciado, pues faltos de razon y de libre alvedrio, sus acciones aun las mas inmorales debieron serles inspiradas por su Providencia. Además de estos hay los *Xerifs santos*, que habitan en el campo en

tos apuntes, dispensen la poca exactitud con que puedan ir escritas las voces árabes: Ignoro el idioma del pais, y al poner algunas de las palabras mas precisas, lo hago representándolas tales como he creido percibir las.

pequeñas casitas y tienen una vida muy retirada; suelen ser descendientes del Profeta y muy respetados, sobre todo cuando el emperador tiene, como el del hoy, tan ilustre descendencia: y los *Muchagidins* que murieron peleando contra cristianos. La casa ó enterramiento de todo santo moro, es un sagrado asilo para el criminal que se acoge, porque de allí no puede sacarlo ni la autoridad del mismo emperador.

Al lado de la viva existe otra poblacion muerta; los cementerios moro, cristiano y hebreo rodeados de la lozana vegetacion de las hermosas huertas. El primero se halla situado en una no elevada pero desigual colina: allí entre peñas naturales se han abierto las profundas fosas en que algunas piedras artificialmente colocadas marcan con sus rústicos perfiles: el contorno de los cuerpos enterrados: allí á la sombra de sus silvestres árboles, se ven algunos moros que, con muestras del mayor dolor, cantan ú oran sobre las yertas cenizas de sus perdidos parientes. El de los cristianos se ve en la parte mas profunda del valle: arreglado con piadosa y constante perseverancia por el vice-prefecto de la Mision Apostólica, sirve de eterno descanso á los católicos y protestantes; sin nichos ni bovedillas, sus cuerpos están

enterrados en el suelo y bajo sencillas pero elegantes y variadas tumbas dispuestas en calles y rodeadas de frescas y olorosas flores: sus frios restos tienen allí un melancólico y seguro asilo, donde, en rededor del ara santa de la Cruz, descansar bajo la sombra silenciosa de blanquecinos plátanos y verdi-negros cipreses. En el de los hebreos, que está sobre la opuesta colina, solo se divisan gran número de piedras grises labradas en forma de ataúd y esparcidas por un suelo cubierto de yerba, y sin mas árboles ni arbustos que alguna salvaje y tortuosa higuera.

Al descender del cerro de la Alcazaba, he podido ver diversas plantas para mi muy conocidas; la poética berbena, la picante ortiga y el amarillo jaramago, viven allí junto al soporifero beleño y la narcótica yerba mora, y allí tambien el amargo coombrillo arrastra sus velludas ojas por entre los escombros en que crecen la parietaria, la mercurial y otras varias especies, que son igualmente sociales en nuestro pais.

Me he retirado á casa á las dos de la tarde con menos calor que el que se siente en Cádiz á tales horas; agradable temperatura producida por las frescas brisas de la mar y las húmedas exalaciones de las próximas y frondosas arboledas.

Por la tarde.

He salido á las seis para recorrer algunas calles y ver las judias: es sábado, su dia de fiesta y el mas apropiado para encontrar mas, y mas elegantemente vestidas.

El hebreo desde el viernes al anochecer, no puede dedicarse á trabajo alguno, no enciende lumbre, no fuma, no escribe, no hace negocio ni trato; ni puede viajar ni ha-

cer un pago, ni recibir cantidad alguna.

Esta tarde la emplean, además de sus oraciones, en pasear ó en estar sentados á las puertas de sus casas. A las muchachas y á las casadas se las ve en los patios, en las ventanas y sobre todo en las azoteas. Subí algunos momentos á la de la casa de España y pude ver desde allí, lo mismo que en las calles, niñas preciosas vestidas con la mayor sencillez, matronas elegantes ataviadas con el mayor lujo.

Las judías de Tánger son por lo general hermosas, de blanca tez, ojos grandes, negros y rasgados, pobla-

das cejas, negras y largas pestañas, nariz afilada, cabello abundante y abultado pecho. Tan precóz es su desarrollo, que he visto niñas de once años con todos los caracteres de la muger formada. Realzan su belleza en las solteras la elegante sencillez del traje, y en las casadas jóvenes la magestad de sus ropas, y sobre todo la riqueza oriental de sus prendidos. Todas, lo mismo que los hombres, hablan el idioma español, puede visitárselas, son amables en su trato y reciben con graciosa sonrisa las galantes frases que se les dirigen.

DIA 24.

Es domingo. He asistido á misa en la Iglesia católica, pequeña pero preciosa capilla, situada dentro de la casa de España. Nuestro culto se celebra en ella con el mayor lujo y magestad y con la constante presencia de varias familias cristianas.

Como todas las escenas de este pais interesan tanto, sentí que se apoderaba de mi una inexplicable sensacion cuando, despues de haber cruzado algunas calles cubiertas de moros, despues de haber pasado por delante de su mezquita principal, y visto á los creyentes de Mahoma atravesar por sus moriscos patios, entré en el templo en que se verificaba el santo sacrificio ante un pequeño pero religioso pueblo, que acudia á adorar á nuestro Redentor. Era la primera vez que entre sinagogas y mezquitas oraba tran-

quilamente en un templo católico, y mi alma se elevaba á Dios y sentia mis ojos bañados en un llanto tan dulce, como consolador. Poseido de tan piadosos sentimientos, salí á la calle despues de saludar y ofrecer mis respetos al Reverendísimo padre Fr. Francisco de Palma, Vice-prefecto de la mision apostólica, que es quien ejerce las funciones de Cura párroco.

A las 9 fuí al *Zoco alto* ó gran mercado, que en este dia y el jueves de cada semana, se celebra en una plaza, ó mas bien en un campo en las afueras de la parte alta de la Ciudad. Nada mas difícil de explicar que la singular animacion, el raro efecto que produce la confusion de aquel extraordinario número de personas unas que venden y otras que compran. Además de los cristianos, moros y judios del

pais, vienen gentes de otros muchos puntos. Vénse allí moras y moros perfectamente blancos, rostros hermosos tostados por el sol, caras cobrizas de tonos diferentes, negros azabachados, de facciones regulares unos, y de prolongado hocico los demás. Hay allí diversidad de trages: desde la recatada mora que vela su rostro tras de los largos pliegues de su impenetrable jaique, hasta el negro miserable, que solo oculta bajo un sucio pedazo de tela alguna parte de su cuerpo, pueden verse todos los modos de vestir y todas las fases de la desnudez.

Entre aquellas gentes pasan rarisimas escenas y se ven mil objetos que llaman la atencion ó escitan la biriosidad. Aquí unos *dromedarios* cuncan en tierra sus rodillas y bajan su gibosa espalda para que el rústico camellero pueda quitarles con facilidad la enorme carga. Junto á ellos varios moros de Tetuan venden á la puja desmesuradas espingardas, corbas gumias ó puntia-gudos cuchillos para los rifeños. En numerosos puestos de hortelanos se ven al lado de nuestras conocidas hortalizas las mas variadas frutas, sobresaliendo entre ellas uvas de color de cera, manzanas de un rojo amoratado, ricos melonés y espinosos higos. Y hay tambien puestos de ropas donde se venden albornoces y chilabas, blancos alquiceles, telas varias, y los anchurosos linos con que las honestas moras ocultan sus hermosos rostros á la ávida mirada de los europeos. Para los moros pobres hay tambien comidas, que consisten principalmente en sardinas y otros pequeños pescados fri-

tos, en cazolitas de barro. Cafés económicos, en donde por cuatro ochavos puede tomarse una pequeña taza de aromática y negra bebida, que sirven moros con caras mas negras aun. Aguadores ambulantes que sobre su desnuda espalda allean en negros pellejos de cabra, agua y fresca agua, que reparten por todas partes en un grosero vaso.

Hay médicos empíricos sentados en el suelo, que escuchan con atencion el relato de los enfermos, y escribiendo sobre un pequeño papel algunos garabatos, se lo aplican al cuerpo y sobre él un hierro, que hace chirriar la piel con su boton candente. Ni falta tampoco quien entretenga al pueblo con los mas estrafños y brutales juegos. Negros saltibanquis venidos del interior, que llaman al público con sus agudos gritos, y sentados en un corro de espectadores, cantan ó ahullan acompañándose del *erhab* y la *derbuga*. (1) A su extraño son, dos compañeros con un simple taparrabos, despues de dar vueltas al rededor bailando, cantando y gesticulando de un modo singular, arrojan al aire con sus largos y descarnados brazos enormes bolas de hierro, que reciben sobre su huesuda espalda; ó blandiendo seis herradas mazas pendientes de una argolla, las descargan sobre su cabeza, haciéndose brotar la sangre, y apartar la vista con horror á quien

(1) El *Erbab* es una especie de violín con dos cuerdas, y la *derbuga* reemplaza al tambor tocándose con los dedos.

no se halla acostumbrado á tan repugnantes espectáculos.

Aquí se verifica la venta de una esclava, á quien como á otra mercancía registra su licitador: allí se enajena un pequeño asno moruno, mientras que por allá atraviesa un volador caballo, cuyo ginete pregona á grandes voces el bajo precio de su hermosísimo animal. En esta confusión se ven montones de trigo y de cebada, pequeñas gallinas y palomas de rizada pluma, seras de pescados, y utensilios de barro de diversas formas: y allí hay también cueros excelentes y pieles de feroces alimañas, y lanas finísimas, con otros muchos objetos que fuera imposible recordar. Y por todas partes gentes tendidas ó sentadas, pregonando ó vendiendo; aquí fuman, allí comen, y allá, en fin, los carniceros hacen cuartos los pequeños pero robustos bueyes, que sin trabajar han pasado las fértiles campiñas. Y mientras ricos moros cruzan magestuosamente luciendo sus trajes elegantes, ancianos andrajosos piden la limosna, y otros muchos se ven en el

A las 3 de la madrugada.

Me acosté á las 12, preocupado con la idea del viaje que debía emprender al amanecer, y excitada mi imaginación por la influencia de algunas tazas de café, me fué imposible conciliar el sueño. Tomé la pipa del *quif*, yerba que me habían dado por embriagadora y cuya acción tenía deseos de probar: conseguí dormirme, pero mi sueño era raro, confuso y muy semejante al estupor de un ligero narcotismo. Una voz, extraña y nueva para mi,

mosna y acompañan sus lastimeros ruegos con el monótono son de sus *carcabas*. (1)

A las 11, después de haber comprado algunos curiosos objetos y de reconocer los muchos *silos* que se encuentran por aquel terreno, me retiré del Zoco satisfecho, contento, y convencido de que también cabe una grande animación en un pueblo de moros.

Mañana salgo para Tetuan: pudiera ir por mar, pero yo prefiero hacer la expedición á caballo por ver el paisaje y estudiar la topografía, la vejetación y algunas circunstancias de un camino que debe ser muy interesante. Además de mi intérprete, me acompañará un soldado moro, que el Bajá me ha dado para mi seguridad: se llama *Ebnelgami*; es alto, elegante y escogido de entre los mas valientes y que mejor manejan el caballo y la espingarda; acaba de presentarse para tomar la orden de salida, y le he señalado las cinco de la mañana.

me hizo despertar, y confieso que durante algunos momentos no supe darme razón de lo que por mí pasaba. El alto artesonado de mi alcoba no estaba como antes pintado de oro, azul y rojo: bañábase un tinte blanquecino; y eran los rayos de la luna limpia y clara que atravesaban por los huecos de sus pequeños y lindos ajimeces. Una opaca

(1) Especie de castañuelas de hierro.